

¿HACIA EL POSTWELFARISMO?

Fue, al parecer, David Riesman quien en 1958 acuñó por primera vez el concepto de «sociedad postindustrial» (*the postindustrial society*) (1).

Con él trató de caracterizar el nuevo tipo de orden social que emerge a medida que la producción de bienes se convierte en un sector cada vez menos importante en el seno de una economía altamente eficiente, capaz a la vez de crear la general abundancia, proporcionar un ocio creciente y dirigir los recursos hacia la producción de servicios más que de bienes. El impacto económico-social que este hecho está llamado a producir es de tal trascendencia que probablemente sólo el paso de la sociedad preindustrial a la industrial pueda igualarlo en importancia.

Por su parte, Daniel Bell se ha esforzado en conseguir la aceptación de este término para indicar el orden social futuro de las sociedades tecnológicamente avanzadas (2), que girará en torno de «la revolución de la cibernética (*the revolution of cybernation*) y dará lugar a una nueva era en la producción, como consecuencia de la combinación de las computadoras y las máquinas automatizadas (3).

La «sociedad postindustrial» se caracterizará, pues, porque la tecnología productiva disponible será capaz de originar un tremendo incremento en la producción de bienes y servicios con el empleo de mucho menor tiempo y trabajo. Aunque Norteamérica se encuentra todavía en los primeros estadios del movimiento hacia semejante sociedad y tardará aún en llegar al

(1) DAVID RIESMAN: «Leisure and Work in Post-Industrial Society», en E. Larabee and R. Meyershon (eds.): *Mass Leisure* (Glencoe, Ill., 1958).

(2) DANIEL BELL: *Penguin Survey of the Social Sciences* (London, 1965).

(3) JOSEPH W. WILLARD: *Social Change, Human Rights and Social Welfare*, en *Social Welfare and Human Rights*, Proceedings on the XIVth International Conference on Social Welfare, Helsinki, Finland, August 18-24, 1968 (Columbia University Press, New York and London, 1969), pág. 38.

pleno postindustrialismo por lo menos una generación o, tal vez, más, puede ya discernirse fácilmente en ella una poderosa tendencia orientada en esa dirección.

Este desarrollo en el orden socio-económico llevará, sin duda, consigo profundas implicaciones para la naturaleza, los fines y las funciones del Estado. Realmente está empezando ya a perfilarse ante nuestros ojos una nueva concepción del funcionamiento del Estado.

Está cundiendo por doquier una disatisfacción creciente por el hecho de que el *Estado de Bienestar* ha colocado todo su énfasis en la dimensión económica de la vida. Un ejemplo bastará para ponerlo de relieve. ¿Cómo explica y justifica el *Estado de Bienestar* su preocupación por la educación y la inversión inevitablemente importante de recursos en el sistema educativo?

La respuesta no deja lugar a dudas. Ha tendido a hacerlo en términos estrictamente económicos: su juventud es parte de los bienes económicos de la nación —sus recursos en mano de obra— y su educación facilita el conjunto de talentos superiormente preparados para hacer que el moderno sistema económico marche a todo vapor. La educación, en una palabra, es considerada como un puro instrumento de la prosperidad económica del país. Se llega, así, a lo que podría denominarse la justificación económica de la educación en términos de una inversión en «capital humano» (*human capital*) (4).

Los profesores y educadores serios nunca han admitido, por supuesto, este modo de pensar. El suyo se aproxima mucho más al tipo de concepto del arte por el arte: entienden que la justificación de la educación reside en la ilustración intelectual o en el enriquecimiento cultural. Y no deja de constituir un fenómeno notable de los últimos años de la década de los sesenta el que los mismos estudiantes empezaran a rechazar de un modo creciente esa justificación económica de la educación, negándose a verla como medio de aumentar su valor y su utilidad económicos. Ello constituye, sin duda, una pequeña, aunque significativa, señal de un creciente alejamiento de las preocupaciones tradicionalmente económicas del *Welfare State*.

El *Estado de Bienestar* puede venir así a ser considerado como un Estado de transición, destinado a luchar con los problemas sociales y las dificultades propias de una era inmediatamente precedente a las condiciones de abundancia económica que han de caracterizar a una sociedad postindustrial, democráticamente organizada. Después de todo, la relativa prevención

(4) G. S. BECKER: *Human Capital*, National Bureau of Economic Research, General Series, núm. 80 (New York, 1964).

de la catástrofe y el mejoramiento de la suerte de los más desfavorecidos son objetivos socioeconómicos alcanzables en una gran medida, aunque quizá nunca completamente. Otro tanto podría decirse, *mutatis mutandis*, de la *Sociedad de Bienestar*.

Cabe, pues, contemplar confiadamente el nacimiento de una nueva era social, no orientada primordialmente a la prevención o a la mitigación de la catástrofe, sino centralmente preocupada por el mejoramiento de la calidad de vida de la población en general.

Es lo que me atrevo a llamar con un barbarismo horrendo, pero sumamente expresivo, el *postwelfarismo*. En él, el principal tema ya no será por más tiempo la satisfacción de las necesidades básicas, por muy no-mínimas que éstas se consideren, sino más bien la creación de condiciones conducentes a un clima más favorable de vida en toda la sociedad.

La preocupación central del *postwelfarismo* ya no será la consecución de niveles mínimos para garantizar a la gente algún acceso a los bienes y servicios, sino la tarea mucho más positiva de forjar las circunstancias que alienen y sostengan a los individuos en sus esfuerzos por progresar al máximo por sí mismos.

El problema social central para el *welfarismo* es satisfacer las condiciones mínimas de una «vida adecuada». El del *postwelfarismo* será, por el contrario, generar las posibilidades de una «vida satisfactoria».

Mientras el primero ve su misión en términos esencialmente protectores, adoptando una postura defensiva en su esfuerzo por salvaguardar a los ciudadanos de los diversos azares y riesgos a que se hallan expuestos, el segundo se caracterizará por una función mucho más positiva, preocupándose de los objetivos que exceden o trascienden al bienestar y que se proponen el enriquecimiento de la vida, con lo que el sector *arístico* de los fines sociales alcanzará un predominio creciente.

No se tratará, sin embargo, de la introducción de valores enteramente nuevos, ni del simple abandono de los viejos, sino más bien de un deslizamiento del énfasis de unos a otros y de la revisión de la escala de valores políticos.

Los problemas tradicionales de los sectores distributivo y colectivo del bienestar no serán dejados atrás por el *postwelfarismo*, pero éste diferirá del *Estado de Bienestar* tal como se ha desarrollado en la Gran Bretaña o en los países escandinavos o, incluso, en una sociedad opulenta como los Estados Unidos.

Tal diferencia se manifestará, respecto de la estructura de los valores fundamentales, principalmente en los tres aspectos siguientes:

1.º Su finalidad primordial no se centrará, como ya he indicado, en la

satisfacción de las necesidades básicas, como hace el *Estado de Bienestar*, sino en la forja de las condiciones que faciliten de un modo más agradable la conducción de la propia vida y la más plena realización personal.

2.º Dará una alta prioridad a los fines pertenecientes a los sectores cultural y creador. Se reconocerá con más énfasis que nunca antes lo haya sido que la sociedad tiene un compromiso y una responsabilidad respecto del nivel de su cultura y de la apreciación de su herencia cultural, y se pondrá principalmente el acento en la enseñanza superior, el desarrollo de las artes, etcétera. La sociedad y sus medios de expresión tomarán un interés cada vez mayor en las instituciones dedicadas a mantener el aprecio por las artes, la preservación de las antigüedades, etc. Se concederá una renovada importancia a la calidad, a la excelencia y a la creatividad, así como al fomento de oportunidades para la acción y para la realización de los valores en el sector *artístico*.

3.º La gran oleada de uniformidad que anega a los diversos países, típica de la orientación masiva del *Estado de Bienestar* —producción en masa, medios masivos de comunicación, política de masas, etc.—, será sustituida en buena medida por la fragmentación. Se hará de nuevo hincapié en los regionalismos, en la democracia participativa, y en los grupos de acción descentralizados, así como en una más estridente insistencia en la diversidad cultural y en la fragmentación social.

En consecuencia, se producirá un renovado esfuerzo por la diversidad en la unidad y por la cohesión en la variedad. La sociedad *postwelfarista* tratará de combinar la unidad con la diversificación y aspirará a constituir un todo que comprenda muy diversos y variados componentes, dando lugar a un genuino *unum e pluribus*.

La abundancia, riqueza u opulencia de la sociedad postindustrial es una condición esencial, un verdadero requisito *sine qua non*, tanto para el Estado como para la sociedad *postwelfarista*.

Y en este contexto es importante partir en dos el paquete que tradicionalmente hacen los economistas poniendo juntos los bienes y los servicios. La tecnología del postindustrialismo, al disminuir enormemente la cantidad de trabajo necesaria para la producción de bienes, permitirá una mayor producción de servicios.

Sin duda por ello, Lawrence Frank ha sugerido que está emergiendo un «Estado de Servicios» (*Service State*) que suplantarán al «Estado de Bienestar» (*Welfare State*) (5).

Y Bernard E. Nash ha afirmado que con el incremento de la automatización

(5) Cit. por JOSEPH W. WILLARD, *ibid.*

y los cambios tecnológicos «nos estamos ya moviendo hacia lo que podría denominarse una sociedad 'orientada hacia los servicios'» (*We are already moving toward what might be termed a «service-oriented» society*) (6).

Esta orientación hacia los servicios será el rasgo clave de la economía del *postwelfarismo*, porque se habrá hecho posible deslizar el foco de la preocupación social hacia otras necesidades que no son las tradicionalmente «materiales».

El sector de los servicios plantea algunos problemas económicos únicos, por cuanto que los servicios cualitativos sólo pueden ser prestados sobre la base de «hombre a hombre»: el médico únicamente puede examinar unos cuantos pacientes diarios; el peluquero sólo puede atender a un cliente a la vez; la actriz, si bien puede ofrecer distracción a muchos individuos simultáneamente, únicamente puede pertenecer, en cambio, a una sola compañía, etcétera. Y aunque no exista un límite efectivo respecto de la cantidad de servicios que un hombre puede consumir —piénsese en el caso extremo de la comitiva de un monarca—, cada hombre sólo puede producir un limitado número de servicios personales por día.

Consiguientemente, la sociedad nunca podrá contar con una abundancia de servicios cualitativos que pueda, ni de lejos, compararse, dada la creciente automatización, con la que pueda tener de bienes cualitativos. La distribución *per cápita* de servicios cualitativos se encuentra así necesariamente confinada dentro de estrechos límites. Y, con todo, es precisamente porque el problema de la disponibilidad de bienes estará más próximo a la solución en la era postindustrial, por lo que la disponibilidad de servicios comenzará a ocupar entonces el centro de la escena.

El decaimiento de los valores económicos tradicionales en la era postindustrial de la abundancia vendrá así a ser igualado por el gran predominio de los valores relativos a cuestiones sociales tales como la cultura, la política, la educación, el perfeccionamiento profesional del trabajador y el empleo del tiempo libre con un sentido creador. Esta reorientación axiológica de la era postindustrial tendrá implicaciones de largo alcance para el *modus operandi* político del Estado *postwelfarista*.

El *Estado de Bienestar*, tal como se ha desarrollado en el continente europeo y en América del Norte, se basa en una extensa burocracia jerarquizada y en una estructura de control altamente centralizada. La coordinación y el control unificados han sido virtualmente inevitables por causa de

(6) BERNARD E. NASH: *Services for the Aged*, en Harleigh B. Trecker (ed.): *Goals for Social Welfare 1973-1993. An Overview of the Next Two Decades* (Association Press, New York, 1973), pág. 91.

la naturaleza de los problemas con los que primordialmente ha tenido que habérselas el *Estado de Bienestar*.

Tres factores han cobrado especial importancia aquí:

1.º La mayor parte de los problemas con que se ha enfrentado el *Estado de Bienestar* han sido de naturaleza económica, al menos en su origen, y la economía de una nación se presta con relativa facilidad a una dirección y a un control centralizados.

2.º De entre los problemas más fundamentales del *Estado de Bienestar* han adquirido especial relieve las cuestiones relativas a la igualdad económica y política, la cual, obviamente, puede ser perseguida con la mayor eficiencia, si se cuenta con un uniformismo centralizado.

3.º Los temas de que se ha preocupado el *Estado de Bienestar* ofrecen la característica de poder ser efectivamente atacados por el proceso legislativo. Giran en torno a cuestiones de control y por ello responden con gran facilidad a una dirección centralizada.

En cambio, los temas críticos con los que se va a enfrentar el *postwelfarismo* serán de muy distinto orden. Los problemas que constituirán su preocupación central serán los referidos primordialmente o, al menos, en gran medida, no al sector económico, sino al ámbito cultural o socio-psicológico. Y semejantes cuestiones son, efectiva y naturalmente, mucho más susceptibles de un tratamiento descentralizado, mejor adaptado a las diferencias regionales y locales.

Por consiguiente, la mayor parte de la estructura del Estado *postwelfarista* llegará a hacerse multicelular y no monolíticamente centralizada. El organigrama de muchos sectores del Estado *postwelfarista* se parecerá más a una telaraña que a un árbol invertido.

Se hará necesario un nuevo retrazado sustancial de los canales de poder y de autoridad que confiera al control un marcado carácter local. Tendrá lugar, así, un desplazamiento desde el modelo de control que fluye hacia abajo desde lo alto recorriendo las instancias de una jerarquía centralizada, al modelo de atribución de la autoridad a las unidades locales, con la consiguiente creación de instrumentos conducentes al desarrollo de la iniciativa local. Los ciudadanos del Estado *postwelfarista* tendrán que estar mucho más cerca y sentirse mucho más próximos de las fuentes efectivas de la autoridad y del control.

Este es el modelo que puede vislumbrarse de un modo rudimentario a través de las presentes tendencias que apuntan a un desplazamiento desde la centralización burocrática del *Welfare State* a esa democracia menos monolítica, más difusa y de creciente participación que será la característica del Estado *postwelfarista*.

En éste, el Gobierno como tal podrá alcanzar una importancia inimaginada hasta ahora en todos los niveles institucionales. Pero habrá un correlativo reconocimiento de la misión, no sólo precisamente de gobierno, sino también educacional y motivacional, que corresponda a los funcionarios de los órganos del poder.

El *Estado de Bienestar* ha ocupado una posición histórica única. La razón es muy sencilla. Los principales objetivos sociales de la época (el desarrollo económico, la equidad económica, el igualitarismo político y económico, la organización de servicios sociales adecuados, etc.) son de tal naturaleza que pueden ser conseguidos de una manera efectiva y eficaz al nivel del Estado.

Pero en el entorno más rico y más complejo socialmente del Estado *postwelfarista* semejante circunstancia ya no se dará por más tiempo. Los «temas del día» serán, en gran medida, de una índole que caerá fuera de la esfera de acción efectiva del Gobierno. El Estado como tal se irá haciendo cada vez menos relevante para los problemas de la sociedad, porque será cada vez menos eficiente en su resolución. Por consiguiente, la sociedad tendrá que reajustarse y prepararse para alcanzar sus objetivos por otros medios distintos del Estado.

Esto no quiere decir, por supuesto, que el Estado vaya a desaparecer, como predica el comunismo teórico. Tanto el Estado como sus funciones históricas sobrevivirán ciertamente. Del mismo modo que las tradicionales funciones de seguridad del Estado no sólo han sobrevivido, sino que se han expandido enormemente con el desarrollo del *Estado de Bienestar*, así también las actuales funciones de bienestar del Estado sobrevivirán, y hasta es concebible que se amplíen, en la era del *postwelfarismo*.

El punto clave es que el entorno social del futuro presenciara la evolución de nuevas formas de acción social, que caerán en gran medida fuera de la estructura del Estado y exigirán nuevas estructuras. Los mecanismos que permitirán abordar los problemas de la nueva era *postwelfarista* requerirán una combinación de dos elementos: una revisión y un rediseño descentralizado de las actividades del Estado, y la evolución de nuevos enfoques no estatales, cada vez más importantes e influyentes.

Aludir a la «misión característica» del *postwelfarismo*, a sus objetivos generalmente aceptados, etc., no es, pues, mantener que el papel clave lo vaya a desempeñar el Estado. Claro que hablar sólo de objetivos es dejar sin decidir la cuestión de los medios, que es tanto como preparar el camino para un enfoque pragmático que trate de alcanzar del mejor modo las metas propuestas, no en el terreno teórico o ideológico, sino en el estrictamente práctico y empírico.

Y ciertamente que la misma estructura de las necesidades del período *postwelfarista* militará en favor de los enfoques no gubernamentales.

Las necesidades de su contexto se referirán en gran medida a cuestiones de procedimiento: una común preocupación mutua en lugar de la asunción de la responsabilidad por parte de los órganos impersonales del Estado; el aprovechamiento del humano entusiasmo de los individuos para contrarrestar la despersonalización; la facilitación de oportunidades a los grupos y a los individuos, y la creación de motivaciones positivas para hacer uso de esas oportunidades.

La nueva era se caracterizará por un cierto desinflamiento del papel del Estado, por una abdicación de su *status* sorprendentemente preeminente, propio del precedente período orientado hacia el bienestar. Y en tanto en cuanto el nuevo racimo de problemas socio-políticos más importantes quede fuera de las garras centralizadoras del Estado, exigirá en la misma medida otros instrumentos de solución.

La contribución del Estado al manejo de estos problemas será en gran parte indirecta, en el sentido de que, en lugar de desempeñar el papel principal imponiendo sus propias soluciones, se limitará meramente a facilitar que éstas las encuentren otras instituciones sociales.

En su papel *postwelfarista*, el Estado declinará, así, probablemente su *status* de personaje principalísimo, para quedar reducido al papel de un actor mucho menos importante, relativamente hablando, aunque, sin duda, todavía omnipresente y con un peso específico en la escena social.

En el *postwelfarismo* los característicos problemas de la era *welfarista* seguirán ciertamente sin resolver. Y es que los problemas sociales nunca se resuelven del todo. Son como los problemas individuales: unos son sobrepasados por el puro crecimiento, como, por ejemplo, las ansiedades de la pubertad; a otros se les sobrevive, v. g., los cuidados paternos; y hay otros con los que simplemente uno aprende a convivir, hasta que con el transcurso del tiempo se resuelven por sí solos de una forma o de otra. Pero son sucedidos siempre por otros problemas diferentes, problemas no realmente nuevos del todo, sino iguales en esencia a los de las generaciones pasadas.

En la era del *Estado postwelfarista*, los problemas del *Welfare State* seguirán seguramente existiendo, lo mismo que los problemas de seguridad del Estado tradicional han sobrevivido en la era del *Estado de Bienestar*. Los viejos problemas quedarán, como siempre, sin resolver, pero otros nuevos serán los que atraigan principalmente la atención.

Los añejos temas de la seguridad física y económica persistirán, aunque en un muy segundo plano, pasando a primer término y ocupando el centro de la escena social los relativos a las condiciones necesarias para una vida

plena y remuneradora en el contexto masivo de una sociedad tecnológicamente avanzada.

El nuevo orden social no tomará en absoluto la forma de una sola unidad monolítica; ni se asemejará tampoco a una máquina con las partes endentadas las unas a las otras, ni se parecerá a un organismo con subsistemas mutuamente armonizados. Más bien constituirá una pluralidad policéntrica, altamente diversificada, de unidades discretas, independientes y desunidas, sin muchos vestigios de ese mutuo ajustamiento que contribuye a la unificación social mutuamente coordinada que está tan próxima y es tan cara al corazón de los teóricos políticos organicistas de corte hegeliano.

La diversificación constituirá la base del sistema socio-político de la sociedad postindustrial. Sus problemas políticos y sociales exigirán su solución por medio de instrumentos altamente localistas y diversificados, instrumentos respecto de los cuales el Estado centralizado será en gran medida inefectivo. Y no se crea que semejante descentralización y diversificación quedará confinada al área socio-económico-política con exclusión de la de la cultura. La diversidad regionalista y localista operará también ampliamente en este último campo.

La ordenada fusión de los elementos diversos, llamada con frecuencia «orquestación social», será uno de los problemas clave del *postwelfarismo*. El *Estado de Bienestar* se preocupaba primordialmente de uniformidades, de la igualdad, la equidad, etc. Las teorías clave de la era *postwelfarista* girarán en torno de la diversificación, poniendo un nuevo énfasis en las subculturas, los regionalismos y los localismos de una sociedad pluralista. El forjar la cohesión social en medio de la multiplicidad y variedad necesarias para una vida plena en una sociedad de masas constituirá, sin duda, uno de los problemas centrales del Estado *postwelfarista*.

El *ethos* social de éste diferirá así fundamentalmente del de su predecesor. El *Welfare State* se ha caracterizado primordialmente por dos rasgos: su preocupación por los temas económicos de la producción (pleno empleo) y de la distribución (equidad en el reparto), y su hincapié en la uniformidad y el igualitarismo. Congruentemente, su perspectiva social ha sido enfáticamente democrática.

Sin embargo, la perspectiva social del Estado *postwelfarista* diferirá de este modelo en importantes aspectos. La nueva preocupación central será la calidad de la vida, tanto en el sector *arístico*, orientado al propio mejoramiento, como en el *hedónico*, encaminado al goce.

Habrá, por consiguiente, un abandono del uniformismo en favor de la diversidad del propio desarrollo de cada individuo. A este respecto, se producirá una vuelta a un punto de vista más antiguo, que tendrá, por así de-

cirlo, más de aristocrático que de democrático. Este retorno a la vigencia del valor aristocrático se referirá, por supuesto, sólo a un limitado sector: al relacionado con la propia realización individual, es decir, con el perfeccionamiento, el goce y la diversificación personal; pero no significará que vayan a ser aceptadas las viejas desigualdades socio-económicas.

Se tratará de crear para todos, o al menos para muchos, ciertas condiciones ambientales de que en otro tiempo sólo podían beneficiarse unos pocos afortunados. Pero al poner muy enfáticamente el acento en la creación de incentivos para el propio desarrollo del individuo y especialmente para su personal perfección en la prosecución de la excelencia, el Estado *postwelfarista* volverá a hacer en cierto modo hincapié, como aspecto clave, en la perspectiva aristocrática.

Es de esperar también que la sociedad de la era *postwelfarista* asuma, asimismo, un ulterior aspecto del concepto aristocrático de la obligación—nobleza obliga—, tomando a su cargo, en mayor medida que hasta ahora, el patronazgo de las artes, las ciencias, las letras y las creaciones de la cultura y de la civilización en general. En particular, una intensificada preocupación social por la calidad de la vida bien podría reflejarse en el fomento de las actividades culturales tradicionales: conciertos, ópera, museos y teatro clásico.

En cualquier caso, el *postwelfarismo* se caracterizará por un clima de pensamiento mucho más propicio a ese objetivo que el del *Welfare State*, puesto que en esa era la sociedad tendrá que aceptar el reto del mejoramiento de la calidad de la vida, en lugar del de la cura de las enfermedades sociales.

Un problema importante, acaso el mayor, porque constituye más bien un grupo de problemas con el que tendrá que enfrentarse el Estado *postwelfarista*, será el de desatar el nudo gordiano que representa la ciudad moderna, encontrando los medios de domesticar y civilizar la vida urbana. Hasta el hombre de la calle está hoy familiarizado —porque los sufre— con los problemas de las ciudades de hoy: contaminación, suciedad, ruido, tráfico endiablado, fealdad física, hacinamiento, crimen, tensión, fricción en el trato interpersonal, etc. Sus inevitables resultados han sido frecuentemente discutidos y lamentados: desmoralización personal, tensiones entre los grupos y la alienación social que resulta de tratarse unos a otros no como personas, sino como partes de un sistema o piezas de un mecanismo.

Estas condiciones han terminado produciendo un resultado anómalo, que Girvetz pone de relieve sólo con referencia a los Estados Unidos, pero que realmente es de ámbito universal: «Caso único en la historia humana —escribe—, los americanos han estado evacuando sus ciudades, no porque haya un invasor a sus puertas, sino porque son cada vez menos viables como co-

munidades en que trabajar y sacar adelante a una familia» (*Uniquely in human history, Americans have been evacuating their cities not because there is an invader at the gates but because they are less and less viable as communities in which to work and raise families*) (7).

Una primerísima tarea de la sociedad *postwelfarista* será arbitrar los medios de asegurar una vida urbana placentera. Para ello tendrá que hacer la ciudad físicamente atractiva; descomponerla, en lo posible, en unidades a escala humana; facilitar el civismo y la urbanidad en los tratos y en las relaciones interpersonales, etc.

He aquí un ejemplo típico del cambio de orientación que se producirá en la atención de la sociedad y que caracterizará al Estado *postwelfarista*. En la era del *Welfare State*, la sociedad dirige su atención a las necesidades básicas, para hacer la vida viable sobre una base masiva mínima y en el contexto de una economía industrial desarrollada. Para el Estado *postwelfarista* la principal tarea será contribuir a hacer la vida más rica y más plena para una población masiva y en el contexto de una economía postindustrial orientada fundamentalmente hacia la producción de servicios más que de bienes.

El *Estado de Bienestar* ve sus problemas en términos de hacer la vida, en una sociedad de masas, física y económicamente segura. El Estado *postwelfarista* tendrá que hacer frente al problema enormemente más difícil de hacerla más civilizada socialmente, más plena personalmente y más agradable ambientalmente. En una palabra, tendrá que hacerla, desde todos los puntos de vista, más rica y más humana.

Karl Polanyi pidió hace años la adaptación de la vida, en una sociedad industrial, «a los requerimientos de la existencia humana» (*to the requirements of human existence*), terminando así con la «subordinación del hombre a las necesidades de la máquina» (*subordination of man to the needs of the machine*) (8).

Pues bien, el *postwelfarismo* no podrá contentarse con eso. Habrá de poner también fin a otras muchas subordinaciones que padece el hombre actual: a las necesidades de la economía, sea o no de mercado; a las exigencias de la sociedad de consumo; a las compulsiones de una sociedad de masas; al nuevo y creciente leviathán del centralismo y de la eficiencia tecnocrática, etc.

(7) HARRY K. GIRVETZ: «Welfare State», en *Encyclopedia of the Social Sciences*, página 519.

(8) KARL POLANYI: «Our Obsolete Market Mentality», en *Commentary* (February 1947), págs. 147 y sigs.

Potenciando el sector *arístico* de los fines sociales, habrá de permitir restaurar la habitabilidad del planeta y cultivar los espacios vacíos del alma humana; habrá, en una palabra, de propiciar el libre desarrollo y perfeccionamiento integral de la persona.

Esto requerirá, naturalmente, una nueva ética social y una concepción de la justicia diferente de las que hasta ahora han sido incorporadas a la vida social. Exigirá, en definitiva, aceptar el concepto de justicia social que elaboré años atrás, y al que en alguna ocasión he hecho oportuna referencia.

Porque sólo la justicia social entendida, ya en sentido objetivo (es decir, como principio ético objetivo de las relaciones sociales), como «aquella exigencia de que la convivencia humana se ordene de modo que quede siempre a salvo la posibilidad de acrecentar los valores humanos, se haga posible en todo momento el libre perfeccionamiento integral de la persona humana»; o, ya en sentido subjetivo, como «la virtud que ordena al hombre a hacer posible el libre perfeccionamiento integral de los demás hombres» (9), podrá legitimar racionalmente y fundamentar éticamente la lucha por una sociedad más humana, por una sociedad puesta incondicionalmente al servicio de la dignidad, la libertad y la plena realización de los seres humanos, por una sociedad hecha, en definitiva, a medida del hombre.

El viejo ideal helénico del hombre como «medida de todas las cosas, de las que son, en cuanto que son, de las que no son, en cuanto que no son» —«πάντων χρημάτων μέτρον ἐστὶν ἄνθρωπος, τῶν μὲν ὄντων ὡς ἔστιν, τῶν δὲ οὐκ ὄντων ὡς οὐκ ἔστιν»— (10), deberá seguir brillando en la constelación de los grandes ideales del *postwelfarismo*.

Y sólo, repito, la plasmación de la citada idea de justicia social en sus instituciones podrá hacer posible la vigencia de tal ideal y la aceptación de que, como diría Lichtman, «aquello a que los hombres tienen derecho no es la mejora parcial de sus desigualdades, sino la plena e igual realización de sus capacidades» (... *what men are entitled to by right is not the partial amelioration of their inequalities, but the full, equal realization of their capacities*) (11).

(9) MANUEL MOIX MARTÍNEZ: *AIKH. Nuevas perspectivas de la justicia clásica* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1968), pág. 669; id.: *La justicia social, incógnita de nuestro tiempo*, Biblioteca de Trabajo (Servicio de Publicaciones del Ministerio del Trabajo, Madrid, 1977), pág. 267.

(10) DIELS-KRANZ: *Die Fragmente der Vorsokratiker, Griechisch und deutsch*, 7 Aufl. herausgegeben von Walther Kranz (Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, Berlin, 1954), Protag., 80 B 1 (II, 263, 3-5).

(11) RICHARD LICHTMANN: *Toward Community* (Center for the Study of Democratic Institutions, Santa Barbara, Calif., 1966), pág. 45.

Que es tanto como aceptar mi tesis de que la sociedad será tanto más justa cuanto más potencie las posibilidades de libre realización de la persona. Será tanto más justa cuanto más humana.

MANUEL MOIX MARTÍNEZ

R É S U M É

Dans cet essai l'auteur se demande si le «Welfare State» (Etat de Bien-Etre) n'est pas en train de céder le pas à une nouvelle étape de l'évolution économique-politico-sociale qui se présente déjà par une série de caractéristiques suffisamment définies pour que cette hypothèse se pose, et que l'on pourrait désigner, même si ce n'est que provisoirement, par l'horrible mais suggestif barbarisme de «postwelfarisme».

Après avoir exposé les lignes caractéristiques du «Welfare State» et en avoir souligné le progressif épuisement, l'auteur entreprend l'étude des particularités qui définiront l'Etat Postwelfariste, en en détachant les différences les plus marquantes avec le «Welfare State» dans tous les aspects économiques, sociaux et politiques et en découvrant le changement d'orientation qui se produira avec le passage au «postwelfarisme» dans tous les domaines de la vie collective.

S U M M A R Y

In this work, the author wonders if the Welfare State is giving way to a new stage in the economical-political-social evolution which seems to point at with a serie of well-definite characteristics, and that we could call, though only temporarily, using the suggestive expression of «Postwelfarism».

In this line, after enumerating the main points of the Welfare State and mentioning its progressive exhaustion, the author gets into the study of the particularities which will define the Postwelfarist State, showing up its marked differences with the Welfare State in its economical, social and political aspects and describing how the passage to Postwelfarism will produce a change of orientation in all the fields of collective life.

